

OBRAS REUNIDAS III

El libro
Unión
El gato
De ánima

JUAN GARCÍA PONCE





JUAN GARCÍA PONCE

OBRAS REUNIDAS

III

JUAN GARCÍA PONCE

OBRAS REUNIDAS

III

Novelas cortas II



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

García Ponce, Juan
Obras reunidas, III. Novelas cortas, II / Juan García Ponce. —
México : FCE, 2004
402 p. : 26 × 19 cm — (Colec. Obras Reunidas)
ISBN 978-968-16-6989-8

1. Novela 2. Literatura mexicana – Siglo xx I. Ser II. t III. t: El
libro IV. t: Unión V. t: El gato VI. t: De ánimo

LC PQ7297 G815 G36

Dewey M863 G532o

Primera edición, 2004

Primera edición en libro electrónico, 2012]

D. R. © 2003, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110, Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

Diseño de portada e interiores: R/4, Pablo Rulfo

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere
el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-968-16-6989-8 (Obra completa)
ISBN 978-968-16-6987-4 (empastado, tomo III)
ISBN 978-607-16-1030-0 (epub)
ISBN 978-607-16-8291-8 (pdf)

Impreso en México / *Printed in Mexico*

ÍNDICE



El libro • 9

Unión • 97

El gato • 153

De ánima • 249

EL LIBRO

A Michèle

...und keine Heimat haben in der Zeit.

RAINER MARIA RILKE, *Frühe Gedichte*

Le réel se définit par son extériorité par rapport à l'esprit. Et pourtant, à supposer qu'on puisse l'atteindre, cette extériorité est seule susceptible de mettre un terme à la quête de l'esprit: comme si elle était une réponse pour l'esprit, comme si elle possédait une signification spirituelle. Ce qui est cherché, c'est une extériorité convertible en intériorité, un en dehors de l'esprit qui serait le souverain bien de l'esprit, sa lumière.

GAËTAN PICON, *Lecture de Proust*

—Enseñar es pervertir. Ustedes vienen aquí a perder su virginidad literaria, pero sólo para recuperarla después. Lo difícil en verdad no es perder la virginidad, sino ganarla, conquistarla. Hay que ir a los libros desde el conocimiento para que ellos, si son realmente grandes, mediante su propio poder nos devuelvan la inocencia. ¿Puede entenderse eso? —dijo él, Eduardo.

Su voz se extendía en el espacio sin límites, semejante a una bóveda abierta, del vasto salón de clases, y sin embargo, se cerraba sobre sí misma, lenta y quizás demasiado grave, sin el ligero asomo de ironía que él hubiera deseado, cargada por la pasión de la cual se había desprendido para alcanzar esa perturbadora independencia desde la que se alejaba de él, introduciéndose en otra realidad, del mismo modo que un tenue manto de agua, del que se ignora su procedencia, empieza a invadir el suelo de una habitación deslizándose bajo su puerta y resulta inesperado y necesario para la existencia del piso. Y no obstante, como si encontrara en su viaje una invisible resistencia, finalmente, la voz regresaba a él, lo envolvía en su eco, girando a su alrededor sin ninguna meta, buscando volver a guardarse en la segura interioridad de la que saliera. Para Eduardo no era una voz, no era su voz, sino la suma de una necesidad, nacida de una larga experiencia, que al fin encontraba expresión. Pero esa voz era él, resultaba mucho más concreta en su libertad que cualquiera de sus actitudes: los movimientos de su cuerpo, el énfasis con que la acción de sus manos y sus brazos trataban de subrayar la veracidad de los conceptos, intentando encerrar algo intangible que hubiera que buscar en otro sitio: el punto interior del que él no era el centro, que no era posible encontrar en ninguna parte y hacia el que su mirada se volvía perdiéndose en sí misma cuando le resultaba difícil apresar las palabras que encerrarán ese sentido que ya poseían, antes aún de empezar a ser. Ésa era su relación no con la enseñanza, sino con la literatura, que recorriera viviéndola y de la que nacía la enseñanza: algo demasiado abstracto, imposible de definir, cuya existencia no tenía espacio, aunque él buscara encami-

narla en ese salón de clase, cuyo carácter terminaba imponiéndose, hacía insuficientes todos sus esfuerzos al darles un fin concreto, representado por la hilera de alumnas esparcidas en el aula demasiado grande para su número, en los sitios casi siempre fijos que ellas habían elegido haciéndolos parte de su propia persona y que al cabo de una semana, cada año, él reconocía ya como las distinguía a ellas, capaces de imponer su rara seguridad sobre los tres o cuatro hombres que tomaban también el curso, con mucha más seriedad y dedicación, y sin embargo, mucho menos vivos, menos presentes que ellas, quizás porque en su empeño no tenían jamás esa inocencia que Eduardo quería romper para devolvérsela dentro de una nueva dimensión, sino que sólo aprendían lo que a él no le interesaba enseñar, no aquello que los libros dicen sin decirlo, sino lo que su apariencia dice, su temporalidad en vez de su eternidad. Por eso no se puede vivir con la literatura, por eso tú no vives ni tienes la literatura, pensó. Y en seguida, envuelta por el recuerdo de la resonancia de esa voz que no tenía meta, se hizo presente la imagen de Ana y sus dos hijos. Pero, como le ocurría muchas veces, en ese momento la vida de ellos estaba lejos, perdida en la irreductible fijeza de su cotidiana realidad.

—Nunca había dicho esto antes —agregó él—. Pero necesito hacerlo para vencer mi aversión, nacida tal vez de mi incapacidad para explicarles este relato en especial, a la negativa de aceptar una verdad superior que, en principio, sólo se muestra paradójicamente.

Esta vez, dos de los alumnos y algunas de las alumnas se rieron, siguiéndose entre sí, sin saber muy bien por qué, para mostrar su fe y su simpatía por la inteligencia y la reconocida capacidad de Eduardo, como un homenaje que él recibía agradecido, a pesar de que lo apartaba de su búsqueda.

—Musil —siguió—. . .

Entonces sus ojos, vueltos inadvertidamente hacia el exterior, tratando de hallar un punto fijo, encontraron la mirada verde de Marcela detenida en él, en su figura delgada, con el pelo un tanto desarreglado, en su cara, donde su verdadera edad no lograba afirmarse, en la corbata siempre negra, el saco de tejido grueso por cuyas mangas aparecían los puños blancos de la camisa, tanto como en sus palabras, consiguiendo que él las sintiera por un instante unidas a ella, aunque en el abierto, en el inevitable verde de su mirada, se mezclaban la curiosidad y una ligerísima ironía, un casi perdido rastro de incredulidad y duda con el que Marcela no se defendía de nada, sino que se dejaba ser simplemente, segura de su posición, de tal modo que tanto la curiosidad como la incredulidad adquirirían el mismo carácter, mostraban que Marcela no tenía ningún temor, sino que era conducida por ellas.

Cada año pasaba lo mismo: había dos, tres, hasta cuatro alumnas entre las

que era difícil decidir cuál era la más bella, y su belleza creaba una zona aparte en la textura de la clase, hacía indiferente su categoría de alumnas convirtiéndolas casi en objetos, en una pura exterioridad que resultaba más fácil apresar y en la que siempre era una ventaja detenerse, en la que siempre se encontraba una respuesta ajena a ellas mismas. Luego, en el café de la misma universidad, cuando Eduardo aceptaba las invitaciones de los miembros más entusiastas del grupo y alguno de los temas que había tratado volvía y se prolongaba, extendiéndose sobre sí mismo de acuerdo con sus obsesiones, de tal modo que, aun sin proponérselo, nunca se rompía la distancia entre él y los alumnos, sino que se afirmaba una separación que a veces sentía semejante a la que encontraba entre él y lo que quería decir, las más bellas del grupo conservaban mágicamente ese lugar aparte, como si las demás, con una extraña femineidad, quisieran concedérselo voluntariamente para que determinaran la fisonomía del conjunto y todas participaran así de esa misma belleza.

Eduardo se sentía a gusto entonces; la clase adquiría una realidad dentro de la realidad, ajena a la enseñanza y ligada a la vida de los movimientos del café, en la que lo que él trataba de comunicar se acercaba un poco, convirtiéndose en un objeto con una forma propia y determinada, que podía tenerse entre las manos, palpar y hasta hacer a un lado sin que perdiera su existencia. Pero este año Marcela había puesto en movimiento esa presencia estática de la belleza dentro de la clase. Al iniciarse el curso, llegó bien entrada la hora, cuando Eduardo, después de dictar la lista de libros que los alumnos tendrían que leer, empezaba a hablarles de la manera en que se desarrollaría el seminario. Marcela abrió la puerta y se detuvo un instante, sin avanzar más allá del límite que señalaba la tarima sobre la que estaba la mesa de Eduardo. Él se interrumpió y volvió la cabeza hacia ella.

—¿Puedo entrar todavía? —preguntó, mirándolo con una apenas perceptible pero indudable agresividad, preparada a enfrentar cualquier reacción en su contra.

Luego avanzó, un tanto avergonzada de pronto, y se sentó en el asiento de la quinta fila que ocuparía desde entonces y que la colocaba casi a la misma altura que Eduardo. Vestía unas llamativas botas negras, una falda corta a grandes cuadros indefinidamente verdes y grises y un suéter verde también; pero aunque toda su figura dejaba ver una secreta sensualidad, lo más notable en ella era su cara. Moderna y eterna, pensó Eduardo, fascinado por esa afirmación, tan rotunda e indiferente, de lo que sin ser explicable se mostraba en toda femineidad. Alrededor de los ojos verdes, casi demasiado bellos, expuestos a romper el equilibrio del rostro, éste tomaba toda su identidad de ese brillo almendrado y transparente, y sólo después de haberla visto varias veces Eduardo pudo apreciar su boca, un tanto abultada, que sumaba su sensual dibujo al centro natural de la cara, estableciendo un

juego de relación entre esos dos extremos dentro del que se ordenaban las demás facciones, enmarcadas por la natural oscuridad de su pelo, una oscuridad que ella parecía haberle impuesto como reflejo de todo lo que su figura representaba. Y ese centro oscuro era quizás el que se negaba a ser reducido a la impersonalidad por el resto del grupo, oponiéndole una resistencia innata, que se hacía más evidente aún cuando ella trataba de sumarse a los demás, distinguiéndola y apartándola de tal manera que no podía dejar de asumir su propio peso.

—Musil —repitió Eduardo—... busca casi directamente, casi exclusivamente en este relato lo que no se puede tocar. No quiere contar una historia, casi no le interesa, mejor dicho no le interesa la literatura, aunque necesite de su belleza. Lo que le obsesiona, como a su protagonista, es lo otro, lo que está más allá. Por eso podemos desgajar la anécdota sin tocar la historia propiamente dicha. Su sentido está en otro lado. Ese lado es el que tenemos que aprender a buscar, arriesgando nuestra inocencia de lectores, nuestra virginidad.

La mirada verde de Marcela mostraba ahora sólo incredulidad. Eduardo sintió el conocido desaliento desde el que su pasión resultaba ridícula, no era más que la corriente de un río sin cauce que pierde su propia fuerza en la dispersión.

—¿Cuál de todos es ese cuento? —preguntó un alumno.

—*La realización del amor* —contestó él mecánicamente, y sin embargo, sobre el comentario de una de las alumnas diciéndole a otra que no había traducción al español de la obra, escuchó su propia voz y a través de ella vio el relato, vio su propia lectura de él.

Cuando llegó a Musil, la literatura ya era parte de su experiencia cotidiana y aunque aún no la reconocía como esa vocación que desembocara en la enseñanza, dentro de la que su fidelidad era un camino cuya meta se encontraba en el comienzo y que por tanto no tenía fin, la lectura de *La realización del amor* nunca fue un viaje, sino una inmovilidad, el reflejo de una verdad ausente, dentro de la que el apretado relato, deslumbrante en la oscuridad y la precisión de los movimientos de la conciencia de Claudine, la protagonista, situada en medio de un mundo ajeno y extraño, impenetrable, que se cerraba a su alrededor, separándola de su amor, hasta encontrar la existencia secreta de éste mediante su cuerpo pero fuera de su cuerpo, en la sumisión y el olvido nacidos de la infidelidad, dentro de la humillación de una entrega degradante y deseada, temida e inevitable, había sido, a través del resplandor de la perturbadora belleza que la acción creaba para sí misma encontrando en ella su poder de convicción, una apertura hacia el mundo de lo posible que en la experiencia de la lectura adquiría vida y se hacía realidad también, y esa realidad era la que a su vez él trataba de convertir en evidencia ahora, más allá de la protectora

elevación de la cultura, no como un aspecto de su desarrollo y su historia, sino como algo palpable e inmediato, siempre presente, capaz de dirigir y alimentar la propia experiencia, perdiéndose él mismo en la interioridad de su conocimiento, que se dirigía hacia los alumnos como si no le perteneciera, como si él fuera el medio a través del cual lo inmóvil y permanente debiese encarnar de nuevo ante ellos, abierto en la fugacidad de sus palabras. Entonces, para Eduardo, incluso el sonido de su voz desaparecía, sólo lo otro estaba presente, como un paisaje en movimiento que lo envolviera por completo, dejándolo aislado dentro de ese viaje cuyos términos se invertían, obligándolo a vencer la curiosa e inquieta pero resistente incredulidad de la mirada verde de Marcela, fija tanto en sus palabras como en la ausencia de él, y la espesa, innata capacidad de alejamiento de la mayor parte de los alumnos, cuya misma admiración se convertía en una manera de conservar la distancia.

Sin embargo, a la salida, cuando el pequeño grupo que rodeaba siempre su mesa de profesor para hacerle las preguntas más inesperadas o insistir en que los acompañara al café se hubo dispersado, de la misma manera que Eduardo separara el nombre de ella de entre los demás el primer día de clase, cuidando de recogerlo al pasar lista, Marcela se desprendió de la amiga con la que hablaba en el corredor y se acercó a él.

—Si tú tienes en inglés el libro con ese cuento, quisiera que me lo prestaras —dijo.

Llevaba su portafolio de estudiante y varios libros sueltos sujetos contra su cuerpo con los dos brazos y traía puestas las mismas botas con que él la viera el primer día que entró tarde a clase; pero ahora su falda era a cuadros azules y negros, y un suéter, negro también, recibía la caída de su pelo. Varios alumnos y alumnas le habían pedido prestados libros en otras sesiones, pero era la primera vez que Marcela lo hacía. Eduardo le prometió que se lo traería a la siguiente clase, oscuramente satisfecho, como si hubiera dado el primer paso en un juego complicado del que no podía prever las reglas.

—¿No vienes al café con nosotras? —preguntó todavía Marcela, con el brillo inquieto de sus ojos verdes fijo profundamente en los de él.

Eduardo se reprochó su incapacidad para tomar naturalmente la invitación y aceptarla. Ese año, una de las compañeras constantes de Marcela, pidiéndoselo intempestivamente en el café, llevada con una graciosa intensidad por el deseo de mostrar su simpatía por él, había conseguido que, fuera de la clase, algunas de las alumnas lo tutearan, aunque la mayor parte de las veces seguir esa costumbre les costaba un esfuerzo consciente, y él no olvidaba que la directora de la carrera le

había comentado, como si le estuviera haciendo un elogio por el entusiasmo que su clase despertaba en las alumnas, que ellas le habían hablado con orgullo de esa concesión suya; pero Marcela usaba alternativamente el tú y el usted con la misma naturalidad, como si para ella la diferencia no tuviera ninguna importancia y reconociera desde el principio que su amiga, al pedirle a él en nombre de todas que le permitieran tutearlo, no hubiese hecho más que mostrar una ingenuidad a la que ella era ajena. Durante un instante, una ligera sonrisa ambigua, inseparable de su mirada, subrayando apenas la sensualidad de sus labios y devolviéndolos en seguida a su seriedad sin tiempo, fue su único comentario a la negativa a acompañarlas de Eduardo.

—No se te olvide el libro entonces —dijo luego y regresó al grupo de sus amigas.

Un alumno acompañó a Eduardo por los largos corredores hasta el lugar donde dejaba su coche en el estacionamiento de los maestros, hablándole de lo equivocadas que le resultaban ahora sus lecturas anteriores, sin que Eduardo pudiera dejar de pensar, más allá de la amabilidad de sus respuestas, que él no encontraba la diferencia y todas las posibles lecturas del alumno estarían equivocadas siempre. Después, al alejarse de la universidad, mientras la luz de la mañana afirmaba su movimiento sobre las quietas copas de los fresnos y pirules de la ancha avenida, reconoció la acostumbrada sensación de que la universidad que acababa de dejar atrás con todo el movimiento de los alumnos, el cambiante espectáculo de los corredores, el rumor de las voces entre las que se distinguía de pronto el alto sonido de algún llamado o la teatral exageración de las risas y saludos, con todo su aspecto funcional y moderno, y el intento acogedor de los verdes y cuidados jardines en los que varios árboles habían crecido ya bajo su mirada, no tenía ninguna realidad y al alejarse de ella se perdía por completo, dejándolo solo frente al vacío del día, en el que todas las tardes y algunas mañanas tenía que dar varias clases que no le interesaban, mientras a su alrededor, en tanto que él las seguía desde su coche, reparando en verdad algunas veces en ellas, las apariencias, la realidad demasiado ligera del mundo, perdida alegremente en su propio brillo, sin ninguna conciencia de su gravedad, en vez de darlo, parecían esperar un llamado que las llevara a rendir su verdad. Muchas veces entonces se detenía en el recuerdo de la belleza también inacabada, sin meta, de la juventud de tantas de las alumnas que habían permanecido frente a él durante un único año y de las que algunas veces sabía que se habían casado o que estaban estudiando fuera, preguntándose durante un momento qué forma tendría ahora su vida. En ese aspecto, de pronto, resultaban iguales a Ana. Él la había conocido siendo estudiantes los dos y al principio fue el amor, debería ser el

amor. Se habían casado como él quiso, en secreto casi, sin que fueran al juzgado más que los padres de ambos y los amigos que debían ser testigos; tuvieron un departamento donde los libros de él eran todavía una presencia central y había domingos en que salían a leer sobre el pasto del parque de la plaza de junto y, a veces, ella esperaba a que él llegara en alguna de las bancas de ese mismo parque, sin ocuparse de hacer la comida, que luego preparaban juntos; después nació la primera niña y el lugar de los tres fue la casa en que todavía vivían ahora, con las dos jacarandas uniendo casi sus copas con las de enfrente en la pequeña y callada calle, en donde ahora tenía ya un cuarto de trabajo distinto al resto de la casa, aislado de ella, aunque se entraba a él directamente desde la sala y por la ventana viera la misma jacaranda cuyas ramas se detenían casi frente a la ventana de su cuarto en el segundo piso, y donde tuvieron su segundo hijo y Ana empezó a ser simplemente Ana, aunque todavía, de vez en cuando, veían a los mismos amigos que fueran testigos de su boda y se hacían bromas sobre lo poco que había cambiado Eduardo.

—Sólo aumentan las manías, no los años —comentaba entonces inevitablemente Ana y él pensaba que, después de todo, era su mujer y aunque le había sido infiel en dos ocasiones, esos breves rompimientos de su vida en común ni siquiera permanecían en su recuerdo y era tan ajeno a ellos como lo fue durante el transcurso de la suma de casualidades que los pusieron a su alcance, sin tener que moverse casi para tomarlos.

En cambio, lo otro era distinto, la vida de la literatura, el renovado encuentro con esa inmaterialidad palpable, gustable, que permanecía siempre igual, con sus movimientos secretos, como algo suyo e independiente al mismo tiempo, en cuya interioridad él se deslizaba para encontrarse perdiéndose como si fuera un espejo que le devolvía la única imagen suya en la que siempre era posible reconocerse. A esa realidad fue a la que entró por la noche, en su cuarto de trabajo, cuando, guiado por el recuerdo, dejó la aburrida lectura de las tareas de los alumnos de otra escuela, para tomar el libro que le pidiera Marcela. Luego lo dejó sobre su escritorio y al cabo de un momento empezó a hojearlo, deteniéndose en los párrafos conocidos, y siguiendo su camino por ellos como si su continuidad lo guiara suavemente, poniéndolo a una distancia indefinible de todas las cosas, con una sensación física parecida a la que experimentaba al manejar sin rumbo, dejándose guiar por el coche, por alguna avenida solitaria, entre el fin del atardecer y el principio de la noche, en esa hora indeterminada en la que, sin embargo, cada cosa parecía recoger todas sus fuerzas antes de perderse en la seguridad de su propia apariencia. El libro mismo, como objeto, le gustaba en especial. Era un libro empastado, con una camisa negra en la que destacaba el gran título anaranjado con su estilizada imita-

ción de la escritura gótica, el nombre del escritor, en letras blancas, encerrado en un cuadro lila con los ángulos curvados hacia adentro y, arriba, el anuncio, en letras blancas también, de que era el autor de *El hombre sin cualidades*. Sin dejar de leer, mientras las palabras de uno de los relatos del libro se quedaban fijas en su recuerdo —“...it was merely as if the two of them, standing there separately, were no more than a delirious fantasy in a sick person brain...”—, de pronto estuvo pensando en Marcela, sentada a su lado en el café de la universidad, escuchando sin poner atención lo que decían sus amigas mientras pasaba, sin detenerse en ellas, las hojas de uno de los libros que él llevaba, quieta y aparte dentro de la aterciopelada calidad de su piel, apenas menos que blanca, sólo lo suficiente para hacer más verdes sus ojos y menos oscuros sus labios, indiferente también al barullo del café con su continuo movimiento de sillas y mesas con patas de hierro, el sostenido rumor de las conversaciones y los ocasionales llamados a gritos a los meseros.

—Usted no debe ser maestro; tendría que escribir o algo así. Lo que enseña es demasiado personal —había dicho ella ese día ante la respuesta de Eduardo a una de las alumnas, deteniendo el paso de las hojas del libro, como si estuviera leyendo sus palabras en él.

—Toda enseñanza es personal —le contestó Eduardo, riéndose un poco, y ella le dejó ver sus ojos verdes y la sonrisa escéptica, con la que parecía afirmar que ponía en duda sistemáticamente cualquier cosa que él pudiese decir.

Ese día, junto con otras dos amigas, lo acompañó hasta su coche y Eduardo creyó recordar que ésa fue la primera vez que la vio sin botas, con una falda más corta aún que de costumbre, y unas mallas negras que destacaban el trazo hasta entonces desconocido de sus piernas.

Dejó de leer el libro y lo puso frente a él, sobre el escritorio, reconstruyendo todavía la imagen de Marcela al cerrar la puerta del pequeño coche de él e inclinarse para decirle adiós, enmarcada por la ventanilla cuyo vidrio él empezaba a bajar. Luego se quedó quieto, en el espacio protegido de su cuarto de trabajo. Las paredes cubiertas en su mayor parte por los altos libreros parecían llevar hacia sí, haciéndolas suyas, las ramas bajas de la jacaranda que esperaba afuera, sin ningún rumor, como si su calidad de objeto la convirtiera en una sola pieza. La luz que le llegaba del cuarto no parecía tocar el color de las hojas que, sin embargo, no dejaban de acercarse, de entrar y hacerse parte de la intimidad de éste. Eduardo leyó mecánicamente los comentarios de diferentes críticos que recogía la contraportada del libro de Musil. Allí estaban demasiado fijos, resultaban definiciones ajenas a todo lo que el libro mismo encerraba. Buscando su contrario, abrió el libro y se detuvo en el retrato de Musil que aparecía en la solapa. El rostro tampoco lo miraba, pero se deja-

ba ver, melancólico y duro, lleno de nostalgia de su propia presencia, con una resignación y un cansancio terribles, con todas las huellas de su edad y algo intocado, intemporal, como parte y representante de una época y, al mismo tiempo, por encima de ella, inevitablemente personal. En seguida Eduardo volvió a leer, poniéndoles con toda intención a las protagonistas de los relatos diferentes rasgos aislados de Marcela.

Al salir de su casa para dar la siguiente clase en la universidad llevaba el libro consigo y el conocimiento de que Marcela lo leería, reparando en los subrayados y los comentarios y llamadas que él había puesto mucho tiempo atrás en los márgenes con su letra pequeñísima y pareja, anticipaba una posible comunicación secreta, que se realizaría en un plano situado encima de los dos, susceptible de unirlos sin tocarlos en un inalcanzable terreno abstracto, existente como probabilidad aun antes de que la acción le diera un cuerpo y una presencia tangibles, en cuya existencia él había vuelto a pensar una y otra vez durante los dos días en los que el libro permaneciera sobre su mesa, destacando con el elegante diseño de su portada entre los otros libros y los papeles que cubrían en desorden la superficie del escritorio, vivo en el contenido silencio de sus múltiples voces inmóviles, siempre a la espera del lector que les devolviera la capacidad de acción de su continuo presente. Sin embargo, lo dejó a su lado en el asiento del coche junto con otros volúmenes y durante el largo camino hacia la universidad no pensó en él ni en Marcela.

Siempre hacía el trayecto perdido en los vagos pensamientos que anticipaban como jirones informes de una misma tela interminable lo que diría en la clase, y se convertían, a veces, en la larga frase con la que tal vez debería empezar, pero, por lo general, aparecían sólo como imprecisas señales, rocas salientes en la continuidad de un mismo mar que se movía incesantemente en su interior, trayendo al presente antiguas ideas, lazos de unión que creaban la densa textura de ese tejido, aparentemente disperso y sin centro, que le daba cuerpo a su clase favorita, tan libre y personal que a veces, al encontrarse abriendo durante ella sus convicciones más recónditas, le resultaba casi impúdica, aunque no pudiera contener el placer de la entrega de su propia interioridad a esos oídos tantas veces desatentos o incapaces, incrédulos o desinteresados; pensamientos que formaban una suma con los factores dispersos y sin final previsible, que eran su única preparación de cada clase en particular y del curso en general, pero que Eduardo sabía más efectivos que cualquier intento de preparación académica, y anticipaban la verdad que deseaba comunicar y debía enseñar, tal vez, sobre todo, para que ésta permaneciera viva en él dentro del imperceptible transcurrir de los días y los años que, del mismo modo que el

movimiento del tráfico lo guiaba hasta la universidad casi sin que se diera cuenta, por calles y avenidas, en medio del ruido de motores y bocinas, obedeciendo automáticamente las señales de los semáforos, deberían concluir en la impersonalidad de un final que sólo entonces podría hacer suyo, después del cual todo sería pasado, posibilidad de recuerdo separado de él.

Así, de pronto, se encontraba avanzando ya paralelamente a la larga hilera de árboles que desde la banqueta parecían un muro mucho más concreto que la cerca de alambre que rodeaba la universidad y al dejar su coche en el lugar acostumbrado tenía que hacer un esfuerzo casi físico para recogerse a sí mismo y encontrar su presente. Sin embargo, ahora ese presente estaba en el exterior, fuera de él, y sólo apareció al tomar el libro que debería entregarle a Marcela. Al mismo tiempo, se dio cuenta de que imaginaba la entrada de ella a la clase tal como ocurriera la primera vez y no podía dejar de pensar que estaría vestida en la misma forma, con sus altas botas brillantes, el suéter verde y la falda en la que el verde y el gris se convertían uno en el otro alternativamente. Esta previsión sin fundamento y sin embargo tan firme, que tomaba la forma de una incierta esperanza en la que se encerraba una promesa inexpresable y que no podía reconocer, rompía de antemano la hermosa relación en la distancia que siempre había experimentado con los alumnos y que, en cierta forma, creaba el lado contrario de su propia relación con la materia que enseñaba, cerrando un círculo indispensable en un ámbito concreto y reconocible en su intensa densidad. Y Eduardo se sintió molesto consigo mismo; ese rompimiento en el limpio trazo de una sola línea recta era una desviación inesperada que destruía su necesaria y segura prolongación; pero no pudo evitarlo y después de firmar la hoja de asistencia de los maestros y recorrer los interminables corredores, subiendo la escalera hasta el primer piso en que se encontraba su salón de clase con el paso lento de costumbre, retardando como siempre, sin darse cuenta, el encuentro con su propia voz, que muy despacio, como si llegara con dificultad a él, se producía sólo conforme se perdía encontrándose en sus explicaciones, antes de abrir la puerta del salón, lo sintió vivo todavía dentro de él, destruyendo la continuidad de la costumbre.

Con la inevitable tendencia a la contradicción dentro de la que todo futuro esperado se hace presente, y que consigue que la verdad de las cosas inexistentes antes de su aparición en el tiempo sólo encuentre su forma en él, contra lo que tan claramente había imaginado sin que fuera posible darle su apariencia concreta a la imagen, cuando él entró, Marcela ya estaba en la clase, sentada en el lugar de costumbre y, en ese preciso momento, con la cabeza vuelta hacia atrás, conversaba con una amiga. Eduardo dio los buenos días y se sentó tras su mesa sin que ella interrumpiera la conversación. Luego su mirada buscó la de él y a Eduardo le pareció

que la esencia de la escena real era tan verdadera que tenía, a pesar de todas las contradicciones, la forma que él había imaginado con una apariencia distinta.

—Marcela —dijo antes que nada, rompiendo la costumbre establecida de entregar los textos que le pedían prestados los alumnos sólo al final de la clase, pero recurriendo al “usted” que siempre empleaba dentro de ella—, aquí está el libro que me pidió.

Ella lo miró un tanto desconcertada, advirtiendo tal vez el tono distinto de él; pero en seguida se repuso, se levantó sin prisa de su asiento, con la inevitable sensualidad aparentemente contenida que siempre tenían sus movimientos, y caminó hasta el escritorio envuelta por ella, suspendida en ella, como si esa sensualidad fuese la que la determinara desde afuera, sin ninguna posibilidad de intervención, ya fuese para ocultarla o para acentuarla, por parte de su propia persona. No traía botas, sino zapatos de tacón, ni falda ni suéter, sino un vestido gris sin mangas, cerrado alrededor del cuello, flojo y ligeramente ceñido a la cintura por un cinturón en forma de cadena, uno de cuyos extremos caía sobre la falda recta; pero estaba peinada como de costumbre, con el negro pelo suelto tocando sus hombros sin dejar de enmarcar estrictamente el perfecto óvalo de la cara y en sus ojos verdes aparecía la mezcla de confianza en sí misma e incredulidad en todo lo demás, sustituyendo la sonrisa que sus labios unidos no dejaban mostrarse. Eduardo empujó el libro hasta el extremo de su mesa y ella lo tomó con un gesto fácil, sin mirarlo casi.

—Gracias, profesor —dijo, y sus ojos quedaron sólo un instante en él antes de que regresara, con el mismo paso lento, a su lugar, donde abrió instintivamente el libro al azar, sin poner mayor atención en él, como si fuera un objeto extraño cuyo contenido no podía prever, pero que le despertaba el principio de una posible pero todavía lejana curiosidad, dividida entre la realidad del libro y la otra realidad que le daba el hecho de pertenecerle a Eduardo.

En tanto, él había encendido un cigarro y, mientras los alumnos empezaban a fijar su atención, con un ritmo casi preestablecido, como las barajas caen una sobre otra, revueltas pero convertidas en un mazo único bajo las órdenes de unas manos expertas, se buscaba en esa pausa que siempre precedía el principio de su clase y cuya duración temía imprevisible, para empezar finalmente de una manera opuesta a la que había pensado. En vez de dirigirse al contexto de las obras de Musil que debería tratar, siguiendo de acuerdo con su plan el orden en que aquél las había creado, se encontró dentro de un largo preludio cuyo tema era el vigilante poder de la inteligencia sobre los sentimientos en la actividad creadora y, luego, el sentido de la ironía como elemento de equilibrio y como posible expresión de los mismos sentimientos desde una distancia que, en un autor como Musil, resultaba indispen-

sable y que él había buscado largamente. Eduardo subrayó la fría voluntad de toda esa operación, el mal disimulado desprecio por el carácter de la realidad inmediata que mostraba aun a pesar suyo y la necesidad de someter esa realidad a un orden en el que, sin embargo, se encontrara la misma esencia que aparentemente intentaba transformarse, cuya naturaleza incierta, capaz de encerrar el más inesperado milagro, siempre conservó la misma fascinación para el escritor; sin embargo, sólo bordeó e hizo finalmente a un lado, dejándolo para una ocasión posterior, el hecho de que el mismo Musil se había obligado a abandonar esa ironía por respeto y admiración a la naturaleza última de su material y por una voluntaria sumisión a la necesidad vital de conservar y alimentar, antes que someter a la forma y la razón crítica, su intimidad sagrada.

Como de costumbre, las distintas actitudes de los alumnos, en las que Eduardo hacía descansar de vez en cuando su propio esfuerzo imaginativo, la necesidad de no apartarse de la verdad, formaban en sí todo un mundo lleno de contraposiciones, dividido entre los que tomaban apuntes incansables sin escucharlo, los que se perdían en su propia y para Eduardo inapresable interioridad sin abandonar la actitud de estar oyendo, los que intentaban llegar hasta sus palabras casi sólo a través de la intensidad de su atenta mirada y su concentración en la voluntad de mantener su capacidad de sorpresa, los que pasaban por la clase porque era necesario pero la harían a un lado apenas vencido el examen; y sin embargo, ese mundo conservaba su unidad y dentro de él cada persona estaba presente con una absoluta independencia de su actitud, con su belleza, su vulgaridad, su apariencia común o notable, mucho más perceptible ahora, cuando ellos, los alumnos, y en especial ellas, las alumnas, parecían haberse olvidado de su persona por un motivo u otro.

Dentro de ese conjunto, Marcela no resultaba distinta; su mirada recogía con naturalidad la de él cuando éste la encontraba al repasar con la suya el espacio del salón de clase y, sin embargo, en ese instante solo, invariablemente era única, mostraba que, de algún modo, la conciencia de su persona nunca se perdía de la manera casi absoluta en que parecía desaparecer en los demás; y ese día se revelaba más aún apartándose a veces, al menos en parte, de lo que Eduardo decía para fijar su atención, siempre con la misma distante y curiosa extrañeza, en el libro que acababa de darle.

Luego, al terminar la clase, ella fue la primera en acercarse al escritorio.

—Vienes al café, ¿verdad? —preguntó simplemente.

—Bueno, sí —dijo Eduardo, casi irritado por el encanto con que se le imponía la confiada seguridad de la sonrisa de ella, a través de la cual la blancura de sus dientes hacía ver más perfectos aún sus labios, más negro su pelo, más verdes

sus ojos y más concreta, pero menos apresable, la misteriosa sensualidad involuntaria del conjunto.

En el café dejó el libro frente a ella, sobre la mesa, y lo hizo a un lado distraídamente cuando le trajeron el vaso de leche y el pay de manzana que pedía siempre. Casi no intervino en la conversación, dejando hablar a las demás, pero sin escucharlas realmente, y sólo en un momento dado aprovechó un breve silencio de las otras para comentarle a Eduardo:

—Hoy no diste la clase igual que siempre.

—¿Por qué? —dijo él, fingiendo asombro, como si el comentario de ella no tuviera más importancia que la conversación de las demás y ese asombro expresara su acostumbrada ironía.

—Lo que dijiste era tuyo, pero de una manera distinta a las otras veces. Como tú dices, era sólo una necesidad formal. ¿No es así como lo dices? Para mí significa que estaba fuera de ti —contestó ella muy seria, sin el ligero toque incrédulo que por lo general le daba a sus palabras al hablarle a Eduardo.

—Sí, tal vez es cierto. Tienes razón —dijo él.

Y, sin que su voluntad interviniera, de pronto, durante un instante, estuvieron totalmente solos, aparte, más allá del vacío que llenó rápidamente el café, fuera de ese vacío, dentro de una realidad tan densa que era casi palpable y que estaba formada por la súbita unidad interior de sus dos cuerpos, pero se desvaneció en seguida entre los comentarios de los demás a las palabras de Marcela.

—No dejes de leer el relato —le dijo él a manera de despedida, cuando todos se levantaron de la mesa para entrar a la siguiente clase, tarde como de costumbre.

—No, desde luego; voy a estudiarlos todos —contestó Marcela, levantando el brazo en cuya mano llevaba el libro para mostrárselo, como si esa acción fuese una prueba anticipada de que cumpliría su promesa.

Uniéndola con la última lectura de los relatos durante la noche y en el ámbito cerrado de su cuarto de trabajo, tan opuesto a la luminosidad que envolvía el café, y en la que pusiera y encontrara, como un extravagante juego de la imaginación, partes de Marcela en cada una de las distintas protagonistas, la figura de ella le pareció a Eduardo salida de las páginas del libro, confundida con ellas, como si con toda su personal apariencia, con toda la fuerza de esa sensualidad sorda y latente, concentrada en sí misma, nacida de su persona y fuera de su persona, Marcela fuese por completo en esa figura pero no se perteneciera y desaparecería, haciéndose intangible, si él intentara tocarla, del mismo modo que las presencias imaginarias surgidas de la literatura.

Todavía, ella se volvió un momento a mirarlo, haciendo que su pelo negro girara para dejar ver un instante una final sonrisa de despedida, desde la que la

ambigua intensidad de sus ojos verdes buscaba tal vez conservar una última imagen de él antes de que, la primera entre todo el grupo de alumnas, empujara la puerta de vidrio del café y se perdiera en la luz del corredor. Eduardo se quedó solo en la mesa, apartado del lugar, con un súbito desgano que le pedía dejarse estar allí simplemente, mirando el círculo de sillas vacías que parecían contemplarlo, indiferente al ruidoso ambiente del café y al mismo tiempo incapaz de encontrar su sitio en el largo día anticipado por el horario fijo de sus ocupaciones cotidianas, dentro de cuya estrechez se movía por lo general mecánicamente, mientras sus pensamientos viajaban por su cuenta en el espacio sin frontera de su propia interioridad, inmóvil en un punto que no tenía acomodo ni dentro de la conocida forma del pasado que determinaba su presente ni vuelto hacia el futuro, sobre cuyas desconocidas posibilidades se extendía esa misma forma rígida, como si, por su propia separación de ella, su vida siguiera un camino que él no determinaba, sino por el que se dejaba llevar, pero a cuyos lados se imponían paisajes imprevistos, determinados por su propia imaginación, a los que no tenía acceso, de tal modo que su irrealidad era una realidad que hacía irreal la realidad, sin darle nada a cambio.

De alguna manera, sin que Eduardo dejara de saber que, desde la alegre seguridad con que habitaba su persona ella no podía imaginarlo, con lo que se hacía más lejana aún, menos susceptible de llegar hasta él, y por eso mismo más presente, Marcela había entrado a esa zona sin límites en la que todo podía aparecer y desaparecer con la misma facilidad, moviéndose en un vacío que era su propia sustancia, y al mismo tiempo, él se sentía empujado por ella hacia esa vida cuyo carácter era semejante en todo al de aquella dentro de la que sus propias experiencias habían tomado forma, sólo para perderse en la densidad de su materia cerrada, obligándolo a reconocer que en un momento dado su propia existencia, haciéndose independiente, lograba que fuera imposible sentirse dueño de ellas, así que siempre estaba dentro de la vida sin pertenecerse a sí mismo o se pertenecía a sí mismo sin estar dentro de la vida. Pero ésta no era una experiencia nueva; simplemente había que avanzar por ella. Al levantarse de la mesa, mientras tomaba sus cosas, Eduardo no pudo dejar de burlarse interiormente de sus excentricidades de profesor. El problema se hallaba en verdad en el lado contrario: todo era demasiado real. El único mundo era aquel en el que Marcela, igual que sus demás alumnos y la gente que hablaba ahora en el café de todo y de nada, y él con Ana y sus dos hijos, y todos, semejantes y solos por eso mismo, se movían.

Durante las dos clases siguientes volvió a las obras de Musil anteriores a la escritura de *El hombre sin cualidades*, gozando con su capacidad de retomarlas desde todos

los múltiples ángulos señalados por la textura abierta de los relatos y la experiencia de su propia lectura, cuya relación se concretaba en ese nuevo espacio creado por la realidad de su clase para perderse en seguida en los distintos usos que hacían de ella los alumnos; pero mientras el despliegue de su voz resonaba ante él, también era consciente de que en el mismo instante esa voz estaba llegando hasta Marcela y ella le daría un sentido propio, encontraría en ella los ecos que deseaba o, tal vez, la dejaría pasar a un lado, sin tocarla, a pesar de que él reconocía su poder de convicción en la manera en que lo guiaba, haciéndole vivir de nuevo en el presente su lectura, que, dentro de sus palabras, dejaba de ser un objeto muerto y salía al tiempo otra vez, donde la respuesta de los alumnos a la pasión de él cerraba el sentido de la clase, envolviéndolos a todos, uniéndolos.

Con el fin de la semana empezaría el segundo periodo de vacaciones, y al terminar su última clase antes de ellas, Eduardo les pidió a los alumnos que hicieran un trabajo sobre cualquiera de las obras que habían visto. Marcela se unió al grupo que rodeó su escritorio después, pidiéndole que les sugiriera qué tema escoger y preguntándole cómo pensaba pasar las vacaciones; pero en vez de hablar al mismo tiempo que los demás, ella se mantuvo igual que siempre, ligeramente a un lado, sin dejar de mirarlo y de escuchar sus respuestas y sin embargo, esperando, como si fuera Eduardo el que tenía que dirigirle la palabra, y él temió que la manera en que separaba su figura de los otros fuera demasiado evidente.

—Y usted, Marcela, ¿qué piensa hacer? —dijo él al fin, casi contra su voluntad.

—No sé —contestó ella—. Estoy leyendo su libro.

—¿Y le gusta? —preguntó él.

—No estoy segura —dijo ella—. Es demasiado... no se qué... Las cosas no pueden ser así. A veces me hace sentir mal; tal vez me interesa porque me perturba...

—Eso no es malo. Es una de las funciones de la literatura, y en parte a eso vengo aquí. Ya se los dije —comentó Eduardo, aparentando la misma actitud ligera con que siempre trataba de equilibrar, fuera de la clase, la fe que entregaba en la clase.

—Yo no sé lo que es malo para usted. Quizás vea las cosas de otra manera. Yo también creo en lo que me han enseñado siempre —dijo ella, un tanto insegura por primera vez, como si sus mismas dudas la inquietaran también, dándole una particular gravedad a su respuesta.

—Pero tú me dijiste que te fascinaba Claudine en *La realización del amor* y hasta te identificabas con ella, ¿no? —intervino ingenuamente una de sus amigas, riéndose, sin ocultar su admiración por Marcela y al mismo tiempo contenta de ponerla en entredicho.

—Yo no lo dije en ese sentido —le contestó muy rápido Marcela, molesta y turbada.

La intervención apartó a Eduardo del diálogo y otra de las alumnas aprovechó la oportunidad para dirigirse a él, preguntándole si no le molestaría que algunas de ellas fueran a su casa durante las vacaciones.

—Por supuesto que no. Al contrario —dijo él, sinceramente.

—¿Dónde vive? —preguntó entonces la amiga de Marcela.

—En la oficina deben tener su dirección, no tiene que decírla —intervino Marcela, dirigiéndose tanto a su amiga como a Eduardo, sin esperar la respuesta de él.

—Me imagino que sí, pero no me cuesta nada dárselas —dijo Eduardo, mirándola a ella.

La amiga y otras dos alumnas sacaron sus libretas de apuntes para anotarla y Eduardo la dio, seguro de pronto de que a pesar de todo no irían. Marcela las miró hacer desde una distancia que la dejaba aparte, pero mediante la cual no sólo subrayaba su diferencia respecto a las demás, sino que de algún modo le mostraba a Eduardo que su relación con él era distinta, tal vez porque, de pronto, reconocía ante sí misma que estaba dispuesta a arriesgar más en ella.

—Quizás intente hacer el trabajo sobre ese relato —le dijo luego.

—Me gustaría mucho —contestó en seguida Eduardo, conmovido por la juventud de ella y por la misma belleza que la encerraba en una forma distinta, independientemente de su voluntad, y que llevaba consigo a pesar suyo, aunque sin duda no dejaría de usar sus ventajas, tal como con tanta naturalidad lo había hecho desde el principio con él, creando esa contradicción entre su curiosidad, el deseo de aventurarse, y el ligero temor, la voluntad de mantenerse aparte, en su propio mundo, que ahora dejaba ver.

Luego Marcela sólo agregó que esperaba que se divirtiera durante las vacaciones y salió del salón de clase antes de que el grupo que rodeaba el escritorio de Eduardo se deshiciera. Él rechazó la invitación de ir al café y dos de los alumnos lo acompañaron hasta su coche, reteniéndolo con las inevitables preguntas cuya respuesta ya tenían a través de la misma clase y que sólo estaban dirigidas a mostrar su comprensión de ella. Después, durante un alto en una de las avenidas, lejos ya de la universidad, Eduardo vio de pronto a Marcela manejando un coche americano, lujoso y llamativo, que se emparejó al suyo. La amiga estaba sentada a su lado y Marcela se veía perturbadoramente joven y distante, dueña por completo de su belleza desde la distraída facilidad con que hablaba con la amiga, con el brazo izquierdo doblado descansando sobre el amplio marco de la ventanilla del automóvil y la mano del otro brazo tomando el volante. La amiga vio a Eduardo en el

momento en que la luz verde del semáforo daba el sí y, al tiempo que el coche de Marcela arrancaba, agitó la mano saludándolo y gritó:

—¡Adiós, profesor!

Marcela se volvió entonces a mirarlo y le sonrió un instante, volviendo en seguida la cabeza hacia el frente, mientras la amiga agitaba de nuevo la mano despidiéndolo.

En ese coche, tan obviamente fuera de proporción, tan superfluo para las posibles necesidades de una muchacha joven y que con la impersonalidad de su pretendida elegancia convertida en lujo inútil parecía calificarla a ella en vez de pertenecerle, Marcela se le mostraba como parte de un mundo preestablecido y seguro en la inevitable exterioridad de su carácter, que Eduardo conocía ya y dentro del que había comprobado que sus verdades y aun su propia forma de vida resultaban una curiosidad extravagante que podía contemplarse desde la firme y casi compasiva distancia del que se sabe dueño de una razón vital concreta y está firmemente asentado en ella, pero que ni siquiera piensa que puede tocarse como algo no menos real el lado dentro del que lo colocaban de inmediato, con el agravante de que, ante la inquebrantable certeza con que ellos, los otros, se movían en su mundo como si fuera el único posible, él mismo no podía dejar de advertir su propia sensación de irrealidad como una afirmación del recóndito pero frecuente y reconocible temor de que el mundo, esa suma de objetos y acciones disímiles e independientes en las que era imposible encontrar un único sentido y alguna auténtica unidad y que se aceptaba sin mayor duda como algo dado, se movía, afirmándose en su mero movimiento, aparte, en una dimensión a la que él no tenía acceso, dejándolo como un vacilante testigo cuyo testimonio nadie necesita. Y sin embargo, tampoco le era posible renunciar a su propia relación con las cosas, a ese sentirse parte de un callado movimiento más profundo tal vez y por eso más secreto, que incluso podía tomarse como una inmovilidad, pero desde el que éstas se colocaban en su sitio con un resplandor único, cerradas en su abierto misterio, como lo estaba la misma Marcela cuando él reconocía su mirada verde adentrándose en sus explicaciones durante la clase y no dejaba de advertir cómo ella trataba de unir-la a su vez a sus gestos, sus actitudes de maestro, tanto como a su figura delgada, sus trajes un tanto impersonales, su corbata negra, la mano con que apartaba de una manera casi ritual el pelo de la frente, los ojos que de pronto salían de su concentración en sus propias palabras para encontrar la mirada de ella, descubriendo en todo esto, como él había llegado a comprobarlo a través de la forma en que Marcela lo hacía salir de su impersonalidad, un poder que se encontraba en la verdad sin prueba tal vez, alimentada de sus contradicciones pero tan material como

algo encarnado, que él lograba suscitar mediante la convicción con que se volvía hacia ella misma.

Durante la primera semana de vacaciones, separado de la universidad, fue Marcela la que se alejó, quedándose aparte en el mundo al que debía pertenecer sin ser dueña de él. Eduardo salió dos veces al campo con Ana, sus hijos y algunos de sus antiguos amigos con sus hijos también, entregándose a esa textura tan aparentemente concreta que a su vez formaba su vida, definiéndola como la prolongación de un pasado que había perdido su forma original, pero que seguía actuando dentro de la nueva forma que le daba el presente, configurándolo como si no existiera ningún rompimiento en la densa continuidad dentro de la que un día se perdía en el otro, haciendo que su contenido sólo tuviera valor en razón de esa misma continuidad, igual que el carácter sucesivo de la lectura encuentra su sentido, perdiéndose en él, en la totalidad de la obra que la hace posible. Luego, una tarde en que Ana y los niños habían salido, la criada entró al cuarto de trabajo en el que Eduardo leía acostado en el sofá para decirle que unas señoritas alumnas suyas preguntaban por él. Eran Marcela, su amiga y otra muchacha, que formaba parte también del grupo. La criada las guió hasta el cuarto de trabajo de Eduardo. Él se había sentado en el sofá, dejando el libro a su lado, con un vago sentimiento de expectación y al mismo tiempo ligeramente perturbado por esa interrupción que lo obligaba a salir de la quietud dentro de la que la tarde transcurría dejándolo a él aparte en el silencio de su cuarto, acompañado por el callado reposo de todos los objetos conocidos que lo rodeaban acogiéndolo como si él fuera parte suya.

—¿No lo molestamos? —decía ya en tanto la amiga de Marcela, mientras las tres se detenían en el umbral del cuarto.

—No, por supuesto. Pasen, pasen. Qué bueno que vinieron —contestó Eduardo, levantándose y caminando hasta la puerta para guiarlas hacia adentro.

La amiga de Marcela y la otra muchacha se sentaron en el sofá donde él estuviera y Marcela en el único sillón del cuarto. Eduardo no tuvo más remedio que ocupar su silla, tras el escritorio, aunque así se creó entre ellas y él una distancia que le hizo pensar de inmediato en el salón de clase.

—No nos imaginábamos así su casa —comentó la amiga de Marcela con su fácil naturalidad de costumbre, sonriéndole a Eduardo y volviéndose en seguida a ver a Marcela, como si hubiera hablado por ella y buscase su aprobación; pero Marcela estaba absorta recorriendo con la vista el cuarto y no pareció reparar en la mirada de su amiga, aunque en seguida la corrigió.

—Este cuarto sí. Es como tu clase —dijo.

Eduardo se rió.

—No había pensado en eso. Es una buena comparación —dijo.

—No lo sé —contestó Marcela, mirándolo, muy seria—. Pero es cierto.

—Bueno, si tú lo dices... —dijo Eduardo, volviendo a reírse y poniéndose de pie—. Sin embargo, no habrán venido a ver mi casa, ¿verdad?

—La verdad es que sólo vinimos a visitarlo —dijo Marcela y se volvió hacia sus amigas para que ellas confirmaran sus palabras.

Había cruzado la pierna al sentarse y más allá del final de las botas sus rodillas y el principio de sus muslos, que la falda dejaba descubiertos, mostraban una separación entre su cuerpo y la ropa de la cual ella parecía surgir como si una parte de su interioridad quedara abierta y libre, imponiendo su presencia sobre el cuarto, al tiempo que esa misma fuerza hacía casi desaparecer a sus dos amigas, que resultaban un mero aditamento de ella; pero Eduardo no quiso que se advirtiera que él reconocía esa diferencia. En su casa, dentro de ese lugar más suyo que era su cuarto de trabajo, la seguridad de Marcela, en vez de apartarla, se convertía en una forma de entrega que él deseaba conservar como un secreto entre los dos y que al mismo tiempo lo conmovía, obligándolo a la reserva, porque ella parecía darle esa seguridad sin darse cuenta o al menos sin saber por qué lo hacía. De pie les preguntó a todas en general si querían un café y se dirigió a la puerta para pedirle a la criada que lo preparase. Después tomó su silla y la puso delante del escritorio, colocándose más cerca de ellas. Todas respondieron a ese gesto que rompía la distancia como Eduardo esperaba. Hablándole ya siempre de tú, igual que en el café de la universidad, empezaron a conversar sobre sí mismas y lo que habían hecho durante las vacaciones, y su juventud entró al espacio cerrado del cuarto cubriendo todos los objetos conocidos y amados con la tenue presencia de una renovada alegría, de la misma manera que la tibia luz de la tarde, manchada de verde por el delicado follaje de la jacaranda, jugaba sobre las filas de libros extendiendo sus múltiples reflejos por toda la habitación, en cuyo ambiente Eduardo se sentía ahora más joven y libre también, despojado de una parte de sí, como si regresara a un tiempo olvidado en el que todavía no se elegía, sino que avanzaba con una incierta curiosidad entre múltiples posibilidades, guiado por su disponibilidad, tomándolas y usándolas sin un propósito determinado, del mismo modo que, ahora, en ocasiones afortunadas, se adentraba en un libro nuevo o recuperaba súbitamente el sabor de su primera lectura de alguna ya recorrido.

A un lado de su amiga y la otra alumna, Marcela, cruzando una y otra vez una pierna sobre la otra, hasta que finalmente subió las dos al amplio sillón, dejándolas paralelas a sus muslos, de tal modo que Eduardo, que seguía cada uno de sus movi-

mientos, vio claramente su figura como si estuviera posada apenas sobre una roca, independiente y dueña de sí, envuelta por la dulzura de la luz como si todo el espacio del cuarto la rodeara sin tocarla, dejando que su oscura sensualidad se insinuara apenas, haciéndose más profunda por esto, en el óvalo perfecto de su rostro, enmarcado por la sedosa caída negra del pelo, y en el que la verde apertura de los ojos dejaba actuar por sí sola a la sonrisa que de pronto cambiaba el dibujo de sus labios, se dejó llevar hacia atrás en el recuerdo por los comentarios de las tres sobre el pasado inmediato, hasta que todas hablaban olvidadas de la presencia de Eduardo, que se limitaba a seguir su conversación riéndose con ellas ante sus memorias de su época de estudiantes en una escuela de monjas o la forma en que en alguna ocasión habían tratado a un policía de tránsito; pero de pronto Marcela misma detuvo la corriente de la conversación para preguntarle, fijando en él su mirada verde, igual que durante la clase, si no lo estaban aburriendo.

—No, al contrario —dijo rápidamente Eduardo.

—No te imaginaba así —dijo entonces Marcela, muy seria.

Y en el breve silencio que siguió, la otra alumna, que junto con la amiga de Marcela se había quedado aparte, como si hubiera un lugar al que sólo Marcela tenía derecho a entrar, se sintió obligada a decir, turbada:

—Tal vez usted tenga otras cosas que hacer.

—Es cierto —la apoyó la amiga de Marcela—. No tenemos derecho a quitarle tanto tiempo.

—No me lo quitan, y además, estamos de vacaciones. Todos tenemos el mismo derecho a ellas —contestó él.

—Sí, pero no es igual —dijo la amiga de Marcela.

—Háblenme entonces de sus trabajos; pero sin ponerse serias —dijo Eduardo, tratando de que recuperaran el tono anterior.

—Yo ya hice el mío —dijo la amiga de Marcela.

—¿Sobre qué? —preguntó Eduardo.

La amiga se rió.

—Bueno, yo digo que sobre *Tonio Kröger* y *El artista adolescente*. Dizque es una comparación; pero eso tú lo decidirás al leerlo.

—¿Y tú? —le preguntó también Eduardo a la otra alumna.

—No he empezado, profesor, es muy difícil. Mejor no nos hable de eso —contestó, turbada, ella.

—Yo sí necesito consultarte —intervino Marcela—. Lo estoy haciendo sobre Musil y *La realización del amor*, con el libro que me prestaste; pero hay muchas cosas que no entiendo o que no quiero creer. Empezando por el título. En

inglés, en tu libro, se llama *The Perfection of a Love*, ¿por qué tú lo traduces de otro modo?

—De alguna manera hay que traducirlo —dijo Eduardo encogiéndose de hombros—. En alemán se llama *Die Vollendung der Liebe*. Lo que suena muy bien, ¿no? Pero la palabra *Vollendung* es casi intraducible. Es como una realización última, una consumación, que está un poco unida a la muerte de lo que se alcanza, así que en cierta forma es también un fin o tal vez un nuevo principio, desde un punto absoluto. Eso entre otras cosas.

—Lo que quisiera es hablar más de ella; es cierto que me interesa. Tiene algo que me gusta y que tampoco sé explicar bien, pero que entiendo. Quiero decir, Claudine, el personaje de la obra —dijo Marcela, mirando después de la última frase a su amiga. Y luego agregó—: ¿Podría venir otro día?

—Debes venir. Me gustaría mucho —contestó Eduardo.

—Bueno; pero creo que ahora sí debemos irnos. Ya es tarde —dijo la otra alumna, mirando hacia la ventana, más allá de la cual las ramas bajas de la jacaranda empezaban a encerrarse en su pura forma sin color.

—Sí. Te confieso que hicimos un lío en nuestras casas para venir. A ver si no nos cachan —le dijo riéndose la amiga de Marcela a Eduardo y él se rió también.

Marcela, en cambio, le tendió la mano muy seria.

—Vengo otro día, entonces —dijo.

Él sintió por primera vez la mano de ella en la suya, advirtiendo la suavidad de su piel en la palma y en el dorso, como si ahora comprobara lo que su mirada ya le había dicho sobre esa piel con un matiz propio, calificada por la claridad de los ojos, y ella dejó que prolongara el contacto un poco más allá de lo natural, indiferente a la mirada inquisitiva de las otras dos muchachas. Luego, Eduardo las acompañó hasta la reja que daba a la calle, donde la hilera de jacarandas a uno y otro lado, uniendo casi sus copas, creaba un manto protector a través del cual apenas conseguía filtrarse la ya muy débil luz de la tarde, y las vio subirse al elegante coche de Marcela, al que ella le dio la vuelta con sus pasos lentos, sin volverse a mirarlo después de la última despedida ante el automóvil, para ponerse al volante una vez que les hubo abierto la puerta del lado contrario a su amiga y la otra alumna, que se sentó en el asiento trasero. En la calle solitaria y al mismo tiempo conocida y acogedora en verde penumbra, dándole la espalda a su casa, con la remota sensación de que una forma de alegría acababa de alejarse de él, Eduardo sintió que la visita tenía algo irreal, había sido demasiado ligera y de pronto le resultaba tan inesperada, lejana y seductora como el súbito descubrimiento del libre vuelo de un pájaro tomando las direcciones más arbitrarias en un cielo sin límites.

Dos días después, Marcela regresó sola a visitarlo. Eduardo y Ana recibían a unos amigos esa noche y ella, que estaba en la casa preparando la cena, fue la que salió a abrirle, dejándola en seguida en la puerta del cuarto de trabajo de Eduardo.

—Es una alumna que viene a consultarte algo.

Eduardo volvió la cabeza desde la silla de su escritorio y se puso de inmediato de pie.

—Pasa, Marcela, pasa.

—Los dejo, entonces —dijo Ana.

—Muchas gracias, señora. Y encantada de conocerla —alcanzó a decir Marcela antes de que Ana se retirara.

—Igualmente —contestó Ana, fuera del cuarto de trabajo ya, pero deteniéndose un instante en su camino hacia el interior de la casa.

Marcela se quedó de pie frente a Eduardo. Traía puestas las mismas botas que la vez anterior, una falda no menos corta y un suéter, y Eduardo se dio cuenta de qué joven y diferente podía verse, allí, en la casa de él, que a pesar de todo encerraba la totalidad de su vida. Le pidió que se sentara, señalándole el sofá, y él se quedó un momento de pie todavía, sin saber qué decir.

—Mira —comentó, al fin, señalando el librero que quedaba frente a ella, en la pared opuesta al sofá que, sin embargo, también estaba rodeado de libros—; ese agujero que ves ahí, en la segunda fila a la izquierda, es el del libro de Musil que tú tienes.

Marcela miró hacia el lugar que él indicaba y sonrió.

—¿No te molesta mi visita? —dijo luego.

—Sabes que no —contestó Eduardo.

—Tu mujer es muy guapa —agregó Marcela.

—Sí... Ana...—dijo él vagamente, advirtiendo de pronto que Marcela necesitaba ayuda y él no sabía cómo dársela. Se sentó en el sillón que ella había ocupado la vez anterior y se inclinó hacia adelante, poniendo los codos sobre las rodillas y entrelazando los brazos—. ¿Trajiste el trabajo? —preguntó.

—No, lo que quería era que me explicaras de nuevo el relato, más de lo que lo hiciste en la clase —respondió ella, con una especie de desamparada ingenuidad, como si fuera consciente de que estaba entrando a algo nuevo y diferente que le inquietaba y se sintiera inferior por ello.

—La literatura es invención y fantasía convertidas en palabras —dijo Eduardo, para restarle importancia a la preocupación de ella.

—No siempre, no como tú nos la enseñas, al menos —contestó ella, mostrando ahora que no quería que la tratara desde fuera de él ni permitiría que se hiciera a un lado.

A su alrededor, a pesar de la puerta abierta, el cuarto de trabajo de Eduardo tenía una realidad nueva y aparte. Su espacio se imponía haciéndose sentir como algo vivo, casi palpitante en la intensidad de su secreta vibración, y en ella se insinuaba una espera tensa que los abarcaba a los dos por separado, pero reuniéndolos desde afuera en la unidad de esa vida independiente, en cuyo interior parecía acogerlos el vacío, esperándolos también, como si navegaran hacia él por un vasto río cuyas riberas se perdieran en el horizonte y cuya corriente apenas fuera posible percibir.

—¿Qué es lo que te inquieta, entonces? Dímelo sinceramente —respondió Eduardo.

—Que ella, ya sabes, Claudine, esté viva y sea tan concreta y al mismo tiempo pueda ser otra, como si estuviera dividida en dos y esas partes nunca se tocaran, a pesar de que las dos le pertenecen y las dos son ella. ¿Cómo puede ser eso? ¿Cómo está en un lado y en otro al mismo tiempo? ¿Puede pasar realmente algo así? Quiero decir, la que quiere a su marido y siente ese amor tan fuerte y luego la otra que está aparte y necesita ver ese amor... ¿Son de veras la misma? ¿Es posible eso?

—Pasa en el relato —dijo Eduardo—. Y además, al final, ella es una sola y encuentra la unión y lo otro, lo que está fuera y dentro de ella: su amor.

—Es demasiado arriesgado. Y lo que ella siente en su cuerpo es terrible —dijo Marcela.

—Sí, es cierto —contestó Eduardo—. Arriesgado y ambiguo. Pero también es lo que el lenguaje puede mostrar, lo que puede hacer convincente. Por eso, al mismo tiempo, el relato es importante como obra de arte.

—A mí me confunde. Quizás precisamente porque es algo nuevo —agregó Marcela casi para sí misma nada más, ignorando tanto a Eduardo como la última parte de lo que había dicho él, con una mirada soñadora que vagaba sin rumbo por el cuarto y sin embargo lo hacía suyo, como si su olvido de sí misma la hiciera más presente y le permitiera un estar que la hacía una con todos los objetos—. Pero cambia todo lo que creo. No se parece a nada, y sin embargo descubro que lo he sentido siempre. Que algún día me hubiera gustado o que podría... Lo malo es que me reconozco en ella —siguió luego, hablándole directamente a Eduardo.

—¿Por qué lo malo? —dijo él, sorprendido por el peso de la preocupación de ella, viéndola de una manera distinta, más personal y concreta a pesar suyo, consciente de que ella le estaba mostrando una profundidad que él había intuido pero que no esperaba que le entregara. Y desde esa profundidad, Marcela era mucho más bella, su figura se oponía a sus dudas, respondiendo en su lugar, y sin embargo, resultaba más difícil de penetrar.

—Porque mi vida no está hecha para eso y yo no sólo quiero obedecerla, sino

que además me gusta y me siento bien en ella. Quiero creer nada más en lo que debo creer. Es el problema de todas nosotras. Y para algunas no es fácil. Tú, por ejemplo, tienes tu vida...—dijo ella en tanto.

Dejó pasar un momento sin hablar y Eduardo no dijo nada tampoco, sino que se echó hacia atrás en el sillón, apoyándose en el respaldo.

Marcela lo miró con la seguridad ligeramente provocativa que mostrara desde el primer día que entró tarde al salón de clase, dejándose ver ahora aparte, separada del ambiente del cuarto, como si se recuperara a sí misma y estuviese en él desde su propio lugar, satisfecha de haber pasado por lo que ahora le parecía a Eduardo una especie de prueba que ella había querido enfrentar.

—Sin embargo, me alegra que sean tú y tu clase los que me han hecho sentir todo eso —dijo luego y agregó sin hacer ninguna pausa, pero cambiando de tono—: ¿Te interesa que te diga por qué?

—Sí —dijo Eduardo, pudiendo reírse de nuevo.

—Porque no te quieres ni te importas a ti mismo y no pareces profesor, sino que te atreves a vivir tu clase.

—Prefiero eso a que pienses en mi vida como algo hecho y aparte —dijo Eduardo.

—Yo también —dijo ella, dejándole tomar su mirada verde, pero sonriendo ligeramente al mismo tiempo.

Luego se puso de pie y miró hacia el librero en el que Eduardo le señalara el agujero creado por el libro.

—Voy a terminar el trabajo. A ver qué te parece —dijo.

La tarde se quedó paralizada en el interior del cuarto. Una vez que Marcela se hubo ido, cada cosa pareció guardar un silencio propio que acentuaba su inmovilidad, y de su suma salía un eco único dentro del que todo descansaba en un reposo lleno de tensión, dejando a Eduardo de nuevo con la sensación de que la visita había sido algo irreal, imposible de apresar mientras transcurría, pero que en cambio ahora, después de la partida de ella, empezaba a tomar cuerpo, haciendo aparecer un cúmulo de posibilidades a partir de las cuales, desde la inmovilidad del presente, marcado sólo por el recuerdo de la figura de ella, él se abría hacia la espera de un futuro que no era capaz de imaginar, pero que parecía aguardarlo, como una promesa no formulada cuyo verdadero carácter tendría que descubrir, aunque en ese momento tuviera una forma tan imprecisa, a pesar de la fuerza con que se le imponía, que incluso le era imposible determinar qué deseaba encontrar en ella. Sin embargo, la presencia de Marcela estaba allí, ocupando su propio tiempo, sin que su figura dejara de pertenecerle a ella misma, haciendo que Eduardo deseara entrar

en ese tiempo, seguro de que sólo en él podría alcanzarla, aunque mediante esa acción todo lo que ella creía representar podría perderse o al menos mostrarse de una manera distinta, que lo transformaría, a pesar de la naturaleza abierta y de la aparente inseguridad que Marcela dejaba ver como parte de la confianza en su mundo.

Ana entró al cuarto a avisarte que iba a salir para pasar por sus hijos a la casa de su madre y no le preguntó nada sobre Marcela, aunque él supo desde el principio que la visita la inquietaba, había entrado a formar parte de ese complicado sistema de aperturas y ocultamientos en los que siempre se buscaba por encima de todo el equilibrio, la permanencia de un mismo estado, en que se había convertido su relación. Luego se acostó en el sofá donde estuviera sentada Marcela, sin pensar en ella pero sin apartarse de ella, hojeando distraído distintos libros y revistas, mientras la conciencia no sólo de la realidad de su cuarto de trabajo sino de todo lo que era su casa y su vida más allá de esa pequeña habitación en la que ni siquiera el tiempo parecía moverse, pesaba sobre él sin tocarlo, manteniéndolo dentro de una campana de vidrio cuyos límites no había fijado, sino que la vida misma, con su inevitable despliegue, había ido formando, mientras afuera se negaba a dejarse moldear, tomaba otros rumbos, siempre imprevisibles y cambiantes, dejándolo a un lado de esos movimientos, como si la realidad interior que reconocía en él y dentro de la que, mucho tiempo atrás, eligiera encontrar esa misma vida, sin dejar de alimentarla, le impidiera mostrarse encarnada, como algo concreto. Entonces el peso de la casa se le hizo mucho más denso y cerrado, lo acogió, envolviéndolo y adquiriendo una realidad que Eduardo ni siquiera se había ocupado antes de negar, pero que ahora no sólo era evidente, sino que, además, resultaba extrañamente consoladora en su carácter cerrado, que, por ello mismo, señalaba la posibilidad de salida, del mismo modo que le permitía encontrarse en la intemporalidad de los libros, con toda su fuerza latente e inmovible.

Rodeado por los libreros en los que se guardaba la multiplicidad de formas de los diferentes libros, tan conocidos y que para él contenían la certidumbre, dentro de todas las posibles variantes, de una misma evidencia, con el pesado escritorio a un lado, frente a la ventana, y dándole la espalda a ésta el sillón en el que estuviera sentado apenas un impreciso momento antes, Eduardo sintió que a través de su mirada todos esos objetos vivos y tan secretamente suyos lo miraban y su realidad había sufrido un ligero desplazamiento desde el que, sin cambiar exteriormente, ya no era la misma. La belleza de Marcela, no como una apariencia que se suma a la riqueza del mundo, tal como él la había admirado en la clase, sino transformando su interioridad, había entrado en esa realidad a través de su propia presen-

cia en Eduardo, y él reconoció que esa belleza había logrado hacerse parte de su vida más auténtica y secreta, sin que pudiera determinar si era para transformarla o afirmarla dentro del imperceptible pero seguro movimiento con que, sin cambiar exteriormente, se desplazaba en el tiempo, viva y encerrando en su propia esencia la posibilidad de sorpresa, del mismo modo que, aunque podía suponer, al terminar el día, lo que le aguardaba la mañana siguiente, no era capaz de prever la posibilidad de cambio y estaba acostumbrado a ignorarla, precisamente para encontrarse en la seguridad que su persona representaba para sí mismo. Así, Marcela, con su aire de otro mundo, delimitada con perfecta precisión por lo que su figura mostraba, con sus inevitables botas, sus faldas cortas, sus suéteres, la contenida sensualidad de su boca, la profunda y pasiva curiosidad de sus ojos verdes y el oscuro brillo de su pelo negro, encerrando en esa suma de apariencias la inapresable calidad de su juventud, estaba dentro de él como nunca lo estuviera ninguna alumna, formando parte de sus propias necesidades, como si la verdad que éstas requerían hubiera encarnado en ella, poniéndose frente a Eduardo para que ella las sometiera a prueba, al tiempo que conservaba su independencia de esa verdad.

En tanto, la luz de la tarde, que sin dejarse ver entraba por la ventana inmovilizando en su reflejo la realidad del cuarto, se había apartado, dejando en su lugar una oscuridad cada vez más densa, extrañamente tierna y material, dentro de la que los objetos del cuarto se ocultaban tan sólo para hacer más claro el aliento de su vida quieta tras el velo de esa imprecisa lejanía. Eduardo, sin poder enmarcar sus movimientos interiores en la apariencia de la lectura, hizo a un lado la revista perfectamente conocida que intentara hojear en busca de las imágenes y retratos en los que se conservaba la época precisa en que se realizaran una serie de creaciones que estaban ya fuera del tiempo, dueñas de una vida propia, convertidas en realidad por sí mismas, y que ahora ponían su signo sobre esa época, sobre los retratos en que tomaba forma la desaparecida presencia física de sus creadores, trayéndolo todo, como un solo conjunto fijo ya también, al presente; y sin embargo, se sintió incapaz de romper la entrega del cuarto a la oscuridad encendiendo una luz, y se quedó inmóvil dentro de esa oscuridad, acostado en el sofá, cerca y lejos de todo lo que lo envolvía haciéndolo parte suya, mientras él, sin que su voluntad interviniera para nada, seguía avanzando hacia la presencia de lo desconocido, nacida de él, pero encarnada en Marcela, que era ya la realidad en que, aun sin que él lo supiera, debería mostrarse la vida de su propio mundo interior.

Cuando sus hijos entraron a darle el beso de buenas noches, seguía acostado en el sofá del cuarto a oscuras, y fue Ana la que encendió la luz al entrar con ellos.
—¿Estabas dormido? —preguntó.

—No, no... —dijo Eduardo, incorporándose.

Los dos niños lo besaron como de costumbre y el menor le recordó que había prometido llevarlos de nuevo al campo antes de que empezaran las clases.

—Claro —dijo Eduardo—. No lo he olvidado. Iremos todos.

Después, Ana pareció tomarlos para sí poniendo una mano en el hombro de cada uno de ellos y guiándolos hacia la puerta de la habitación.

—La gente debe estar al llegar —se volvió a decirle a Eduardo antes de salir.

—Sí, ya lo sé —contestó él.

Bajo la luz neutra e impersonal de la lámpara del techo, que anulaba todo posible juego de sombras, el cuarto parecía adquirir una sola dimensión en la que su profundidad resultaba engañosa e hizo que Eduardo se sintiera como si la habitación estuviese reflejada en un espejo dentro del que él mismo se encontraba. Sin embargo, esta sensación creaba una lejanía casi tranquilizadora, y dejando a un lado sus pensamientos, como a veces dejaba de leer con la gozosa seguridad de que el libro se quedaba aguardándolo, salió a la sala a esperar la llegada de sus amigos.

Éstos fueron apareciendo con un ritmo casi previsible, repitiendo los gestos y actitudes conocidos que determinaban su forma de saludo, su particular manera de afirmarse, al tiempo que esa forma los determinaba a ellos, de tal modo que una y otra eran intercambiables pero también inseparables, y el mismo Eduardo se reconocía en su manera única también de reaccionar ante ellas. Así, de antemano, la reunión tenía el sentido de un ritual en el que todo era conocido y previsible, aun las ligeras variantes que podrían determinar su carácter único en relación con otras anteriores; pero esto mismo creaba su valor, permitiéndole ver sin ningún esfuerzo a cada uno de los participantes, herederos y continuadores de un tiempo común al que habían ido entrando en diferentes momentos para encontrar su lugar en un espacio que les pertenecía a todos por igual y dentro del que cada vida participaba de la de los demás mientras se desarrollaba por su cuenta, con todos sus misterios ocultos, dentro del ámbito creado por la costumbre.

—Tengo una cosa que contarles —comentó Ana en un momento dado en el transcurso de la reunión—: Hoy vino a visitar a Eduardo una alumna muy guapa.

En seguida empezaron los comentarios y chistes inevitables sobre la admiración de Eduardo por la belleza de algunas de sus alumnas, de las que él mismo hablaba muchas veces; pero al sumarse a las intervenciones de los demás para no romper la textura de lo establecido, Eduardo sintió, al tiempo que reconocía cómo este sentimiento lo apartaba de sus amigos, hasta qué extremo Marcela se salía del marco de la mera admiración contemplativa que tantas veces enriqueciera su relación con las alumnas y resintió su incierta irritación por la tranquilidad con que Ana

hiciera el comentario, como si la parte que ella tenía de Eduardo fuese la verdadera y fuera de ella nada tuviese importancia.

A pesar de que ese mundo era su mundo, el que había elegido y fuera viviendo sin ningún esfuerzo, sino, al contrario, dejando que se formara, Eduardo advirtió la felicidad de ser dueño también de esa otra zona de la que incluso sus amigos más cercanos habían ido saliéndose poco a poco, cuya realidad resultaba inexplicable a pesar de que era mucho más concreta y en la que Marcela había entrado de pronto sin que él supiera cómo y sin que pudiera comprobar, tampoco, si ella quería estar allí. Entonces, en vez de colocarse aparte, Eduardo sintió la necesidad de entregarse en verdad a la reunión y formar parte de ella, pero no pudo evitar que cuando todos los invitados se hubieron retirado, casi simultáneamente como de costumbre, como si la partida del primero de ellos fuera una señal que los demás no podían dejar de obedecer y que marcaba las distintas presiones del mundo exterior sobre el conjunto, esa fugaz felicidad, dentro de la que encontrara su verdadero estar, hiciese que en vez de subir directamente a su cuarto con Ana al quedarse solos y una vez que ella hubo puesto orden, borrando las señales de la reunión, cuya presencia extemporánea le molestaba en la sala, le dijera que no tenía sueño e iba a quedarse un momento todavía en su cuarto de trabajo.

—Como quieras. Pero yo estoy cansada y me voy a dormir lo antes posible. No intentes despertarme luego —dijo Ana.

Él advirtió también en esa natural alusión la profunda continuidad que se había creado igualmente en su vida de casados, y al quedarse solo, bajo la luz única de la lámpara de su escritorio, cuyo haz amarillo lo separaba del resto del cuarto, permitiéndole verlo mejor, se encontró pensando en la época en que conociera a Ana en uno de los ruidosos pasillos de la facultad, en las clases que llegaron a tomar juntos mientras, en las conversaciones posteriores, ella jugaba el papel de ser su primera alumna, y en su primera casa, tan distinta, cuando todo formaba parte de una misma vida, de la cual él se había ido quedando poco a poco con el extremo menos tangible.

Con una melancólica y rabiosa necesidad de encontrar la apariencia concreta de sus recuerdos, subió entonces, muy despacio, dejando resbalar su mano por el barandal de la escalera, a su habitación. Ana ya había apagado la luz, tal vez hacía mucho tiempo; Eduardo no era capaz de saber cuánto había pasado y su propia lejanía lo hacía sentirlo sin medida; pero a través de la ventana, con las cortinas abiertas como a él le gustaba, la luz del farol de la calle, perdido en la copa de la jacaranda que era la misma que él veía desde su cuarto de trabajo, confundido entre las finas hojas hasta parecer parte de ellas, como si fuera un inesperado fruto lumino-

so, se extendía dulcemente por el cuarto, creando una tenue claridad en la que Eduardo podía distinguir el cuerpo de Ana oculto casi por completo bajo las mantas, pero marcado por la forma que ellas tomaban, y todo el silencio de la noche, con la falsa claridad lunar creada por el farol, parecía respirar con ella, hacerse uno con el callado ritmo de su sueño, mientras él permanecía aparte, de pie, en un sitio indeterminado, ni cerca ni lejos de la cama que guardaba la figura de Ana, rodeado no por la habitación, sino por el espacio que ella cercaba, recordando de pronto, como si la imagen llegara nítida hasta él desde una increíble distancia, el último día de campo con sus dos hijos, que se mostraba bañado por la misma claridad lunar dentro de la que las figuras parecían adquirir una mágica independencia al desplazarse en la vasta pradera, suave y apenas ondulada, que bajaba como un apacible mar verde hasta el levantamiento de las montañas pobladas de pinos, sobre las que se cerraba la azul densidad del cielo, haciendo que cada uno de sus movimientos dentro de ese espacio sin límites y al mismo tiempo íntimo y entrañable en todo su natural esplendor, se separara del anterior, aislándose por completo para crear una serie de cuadros sin ninguna relación entre sí, en los que no se escuchaba ningún sonido y a los que él no tenía entrada aunque participara de su poderosa, bella y perturbadoramente nostálgica realidad a través de la contemplación. Pero Ana no estaba allí, sino que sólo era ahora la figura concreta e impenetrable cuyo contorno podía distinguir bajo las mantas, y una parte de Eduardo estaba dentro de ella, sin poder encontrar su lugar, perdida. Entonces, en medio del reconocimiento de su desamparo, que sin embargo, en otra zona de sí mismo, le provocaba una gozosa exaltación, recordó súbitamente, como si entre la irrealidad se abriera paso otra realidad distinta, uno de los pensamientos de Claudine en *La realización del amor*: todo era casualidad y esa casualidad, que hacía que no se ligara a las personas y a las cosas fijando su vida a través de la relación con ellas, determinaba la cadena de sucesos e instantes en cuya continuidad se constituía, encontrándose, la forma de la vida; pero la manera en que este movimiento se realizaba siempre estaba abierta. Y a partir de ese recuerdo pensó que desde hacía varios meses él estaba adentrándose cada vez más firmemente en Marcela y dejando toda su vida anterior aparte, hasta llegar a un punto en el que, tal vez, se había desprendido ya de ella. No era una sensación nueva, pero ahora la diferencia se encontraba en que Marcela ocupaba un espacio que antes podía parecer vacío, aunque en verdad en él se moviera toda su existencia propia e intransferible.

Al reanudarse las clases entró de nuevo al salón con el convencimiento de que más allá de los temas que trataría, abarcándolos y encerrándolos como si se hubiera hecho